

# Entre antagonistas y adversarios: maestros, jóvenes y mujeres en búsqueda de políticas democráticas en Colombia

Alexis V. Pinilla Díaz\*



## Resumen

**Entre antagonistas y adversarios: maestros, jóvenes y mujeres en búsqueda de políticas democráticas en Colombia**

**Among antagonists and adversaries: teachers, youth, and women in search of democratic policies in Colombia**

*En este artículo se exponen algunas reflexiones relacionadas con los aportes que algunos colectivos sociales (maestros, jóvenes y mujeres) han hecho en relación con la ampliación de la democracia en Colombia. Además, se muestra el carácter conflictivo de una sociedad que, como la nuestra, ha estado marcada por la violencia y, debido a ella, ha dejado pocos espacios para el reconocimiento de la pluralidad política.*

## Abstract

*This article presents several reflections on the contributions that some social groups (teachers, youth, and women) have made for the expansion of democracy in Colombia. It also deals with the conflictive character of a society like our own, which has been seriously hit by violence, a situation that has allowed little room for the recognition of political diversity.*

## Résumé

*Dans cet article quelques réflexions sont exposées et liées aux contributions que quelques communautés sociales (professeurs, jeunes et femmes) ont faites à propos de l'élargissement de la démocratie en Colombie. En plus, on montre le caractère problématique d'une société qui comme la nôtre, a été marquée par la violence et à cause de cela a laissé peu d'espaces pour la reconnaissance de la pluralité politique.*

## Palabras clave

*Democracia, violencia y conflicto en Colombia, maestros, jóvenes, mujeres.  
Democracy, violence and conflict in Colombia, teachers, youth, women.*

---

\* Magíster en Educación, con estudios de Doctorado en Educación. Codirector del grupo de Investigación Educación y Cultura Política. Profesor Asociado del Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional.  
E-mail: alepinilla2003@yahoo.com

## El actual conflicto colombiano

Colombia es un país de paradojas. Es considerado el país latinoamericano de más larga tradición democrática y civilista y, al mismo tiempo, es el que ostenta los mayores índices de violencia y donde ésta ha sido empleada persistentemente como herramienta de accionar político y social. Este complejo fenómeno hunde sus raíces en la historia de la Nación y en las propias características de constitución de la sociedad colombiana, configurando un extraño y contradictorio modelo de democracia en guerra permanente. Para realizar un diagnóstico sobre este aspecto tendré en cuenta tres elementos que permiten mostrar, de forma sintética, los rasgos identificativos del fenómeno de la violencia en Colombia: la continuidad, la complejidad y los efectos culturales, es decir, las percepciones que los sujetos producen sobre ella.

### *La continuidad de la violencia*

El carácter permanente y continuo de la violencia en la historia social y política del país, convierte a aquella en un hecho estructural, en una constante, cuyas raíces más profundas las podemos encontrar en el impacto violento de la conquista y la colonización españolas sobre los pueblos aborígenes. Un ejemplo claro de esta continuidad es la persistencia de ciertos espacios de la geografía nacional como territorios de conflicto, algunos de los cuales aparecen como escenarios de las guerras civiles en el siglo XIX y luego como lugares de violencia en el siglo XX (Zambrano, 1998).

Las continuidades que conectan los distintos períodos históricos entre los siglos XIX y XX, dice Bergquist (1992), son principalmente de dos tipos. En primer lugar están los conflictos sociales y económicos implícitos en el desarrollo de la lucha por la tierra, incluyendo los procesos de colonización y de modernización del

sector agrario y, en segundo lugar, la influencia del peculiar sistema político bipartidista colombiano, que ha permitido a las élites de los partidos tradicionales mantener el monopolio exclusivo de la política, impidiendo de manera sistemática y permanente el surgimiento y la consolidación de terceros partidos o fuerzas políticas, incluso de fracciones y disidencias dentro del bipartidismo. Con estas prácticas se fue formando un sistema político que podemos denominar *democracia sin pueblo*, al establecer en su interior una diferencia entre el "pueblo real" y el "pueblo ficticio", es decir, quienes tenían y quienes no tenían el derecho de ser ciudadanos. Esta brecha se convirtió, en el largo plazo, en causa de graves distorsiones en la legitimidad y la legalidad del poder y, por consecuencia, en factor de conflictos violentos (Zambrano, 1998).

Los investigadores han tratado de explicar las motivaciones que han llevado a la población a resolver buena parte de sus diferencias a través del enfrentamiento armado y generalmente constatan que la guerra es consustancial al diario vivir de los colombianos, de manera principal en el siglo XIX. El historiador Gonzalo Sánchez muestra que durante el siglo XIX, después de los catorce años que duró la Guerra de Independencia, el país soportó una serie de guerras civiles de diferente duración e intensidad, y de dimensiones nacionales y regionales, en un primer ciclo que se cierra con la Guerra de los Mil Días (1899-1902),<sup>1</sup> uno de cuyos corolarios fue la intervención de Estados Unidos y que generó la separación de Panamá. A través de estas guerras se pretendía, sobre todo, saldar las rivalidades internas de la clase dominante. Se trataba, en últimas, de guerras entre caballeros de un mismo linaje (Sánchez, 1987: 12), los cuales proporcionaban la orientación política y ejercían la dirección militar, arrastrando en sus conflictos de intereses a grandes masas de campesinos en una sociedad predominantemente rural. Esta su-

1 Entre los historiadores, el consenso sobre las bajas que hubo en esta guerra se acerca a los cien mil muertos, número que, en proporción a la población total, equivaldría hoy a algo más de seiscientos cuarenta mil muertos.

cesión de guerras y los hechos de violencia posteriores lo llevan a concluir que: “Colombia ha sido un país de *guerra endémica, permanente*” (Sánchez, 1987: 11).

Aunque cambien las condiciones, los hechos de violencia se mantienen y se repiten al igual que los lugares, los actores y las prácticas políticas. En las primeras décadas del siglo xx, los conflictos sociales generados por las tensiones entre viejos y nuevos sectores, asociados a las contradicciones entre el capital y el trabajo, también fueron abordados mediante “soluciones de fuerza”, expresadas en enfrentamientos armados, revueltas y persecuciones a los líderes de las protestas, siendo el hecho más destacado la llamada “masacre de las bananeras” en 1928. A la movilización de indígenas y de trabajadores rurales se sumó la agitación en las ciudades por parte de los estudiantes, los trabajadores estatales y, especialmente, de la naciente clase obrera.

A mediados de siglo, los hechos cruentos de la llamada *época de la Violencia* expresaron una sangrienta confrontación entre liberales y conservadores, que se difundió en diferentes áreas rurales y en algunos centros urbanos, extendiendo los odios y la violencia a pueblos enteros que se enfrentaban a otros de diferente filiación política. Al intentar resolver este prolongado conflicto desde las élites políticas mediante lo que se denominó un “pacto de caballeros”, se abrió la *caja de Pandora*, dejando escapar las secuelas de las causas ignoradas, los conflictos no resueltos y las heridas abiertas, que inaugurarían un continuo de nuevas etapas y nuevas formas de violencia.

La expresión más evidente de este período es el conflicto armado continuado de los últimos cuarenta años, que se inicia con la emergencia de las guerrillas en la década del sesenta y, posteriormente, con la emergencia del narcotráfico y de los grupos paramilitares a principios de la década del ochenta que, al agregar nuevas modalidades de violencia, vuelven aún más compleja la situación, ya que ambos fenómenos se enquistan en la sociedad y se ex-

tienden por gran parte del territorio nacional e incluso cruzan las fronteras, internacionalizando el conflicto. En el diagnóstico general realizado en 1987, se advertía que frente a las violencias anteriores, ahora se trataba de

[...] la caracterización de un escenario mucho más complejo, en el que no sólo la naturaleza de la violencia política ha cambiado estructuralmente sino en el que, además, han irrumpido nuevas modalidades de violencia que coexisten, se superponen o se retroalimentan, en una lógica implacable que deja cada vez menos espacios abiertos al optimismo (Comisión de Estudios sobre La Violencia, 1987: 10).

### *La complejidad de la violencia*

En relación con la complejidad del conflicto en el contexto colombiano, las manifestaciones son diversas y contradictorias, como lo son también las razones, las fuentes y los actores que lo generan, y que configuran el escenario de un país acosado por múltiples y estériles formas de violencia que cruzan de manera ineluctable todos los ámbitos de la vida social: violencia del Estado contra grupos alzados en armas, contra movimientos sociales de protesta y contra particulares; violencia de las guerrillas contra el Estado, contra otros grupos alzados en armas y contra particulares mediante el secuestro y la extorsión; violencia del crimen organizado contra políticos, funcionarios del Estado y particulares, mediante la conformación de escuadrones de la muerte y agrupaciones de sicarios organizados por el narcotráfico; violencia de particulares organizados y no organizados que realizan acciones de “limpieza social” contra ciudadanos estigmatizados; organización de pandillas, bandas de sicarios y milicias populares urbanas que pugnan por el control territorial, económico y político de los barrios marginales urbanos; y también violencia mediante actividades de robo, hurto, homicidio, ajuste de cuentas y justicia privada, las cuales pueden ser tipificadas como delincuenciales.

A todo esto se suman las múltiples formas de violencia que se ejercen en la vida privada y cotidiana (violencia intrafamiliar, violencia escolar, violencia juvenil, violencia simbólica a través de los medios de comunicación), cuya magnitud es difícil de estimar por la falta de estudios sistemáticos sobre estos ámbitos.

Esta fría taxonomía, que muestra la dinámica de las múltiples formas del conflicto violento en Colombia, sus actores y modalidades, ha sido agrupada y caracterizada también bajo las categorías de *violencia socioeconómica*, *violencia sociopolítica*, *violencia sociocultural* y *violencia territorial*, las cuales si bien son analíticamente diferenciables, en la vida real entran en complejos procesos combinatorios.

Lo anterior nos muestra que las causas de la violencia son también múltiples, entre las que se ha destacado la limitada presencia del Estado en vastas regiones del país y su fragilidad como espacio institucional y legítimo en el cual se expresen las relaciones de las fuerzas sociales, sus conflictos y finalmente la superación de estos. La incapacidad de los diferentes gobiernos para controlar las situaciones de violencia en el marco de un Estado social de derecho y la incapacidad del aparato judicial para administrar justicia de manera eficiente y convincente, incrementan de forma alarmante los casos de impunidad y abren las puertas a diferentes prácticas de justicia privada, que lesionan los precarios lazos de solidaridad social existentes.

En tales condiciones, los mecanismos de solución pacífica de los conflictos han sido crecientemente sustituidos por mecanismos violentos. La violencia, entonces, gana en legitimidad lo que pierde en legalidad.

La impunidad con que en Colombia se violan los derechos humanos es producto no solamente de una demostrable ineficiencia de los aparatos policivos y judiciales, sino también de una historia de desigualdades económicas y sociales, de accesos diferen-

ciales a los bienes materiales y de obstáculos a la realización de los colombianos, ya no exclusivamente como ciudadanos, sino como simples miembros de una sociedad (Comisión de Estudios sobre la Violencia, 1987: 28).

Montenegro y Posada (2001) han cuestionado el énfasis puesto en los dos rasgos presentados anteriormente: la continuidad histórica de la violencia y la simultaneidad, la extensión y la penetración de ésta en todos los ámbitos de la vida nacional, bajo el argumento de que corresponden a *visiones tradicionales* del conflicto. En esta dirección, estos autores realizaron una mirada económica mediante la cual muestran, con evidencias empíricas, algunas oscilaciones por períodos y regiones, con bajas e incrementos en las cifras de homicidios, las cuales, sin embargo, aunque aclaran la presencia de períodos de “relativa paz” en el país, no logran desvirtuar estas constantes. Más aún, los mismos autores terminan reconociendo que, pese al consenso que se ha ido formando entre los nuevos estudios, se plantea que la violencia reciente del país tiene su origen en varios fenómenos mutuamente relacionados: las particularidades del desarrollo económico de algunas economías de frontera, el desplome de la justicia y el consecuente aumento de la impunidad y el impacto del narcotráfico (Montenegro y Posada, 2001).

### *Efectos culturales de la violencia*

La persistencia de las dos características anteriores ha contribuido a una especie de naturalización del conflicto entre los colombianos, al acostumbramiento de las personas a un estado de cosas que parece inalterable o a percibir la imposibilidad de su transformación. La creciente pérdida de credibilidad y de legitimidad en la capacidad de las instituciones para atender las demandas sociales y para resolver los conflictos, se traslada también a la validez de las normas como instrumentos de regulación de las relaciones sociales y personales, generando situaciones de anomia e indiferencia frente a problemas de índole común, dado

que se conmina a cada quien a resolver los asuntos como pueda. Esta situación ha llevado a la configuración de imaginarios referidos a la inevitabilidad de la violencia o incluso a la necesidad de recurrir a ella como único recurso válido y posible para dirimir las diferencias o para lograr determinados propósitos. Estos comportamientos se convierten en tradiciones y hacen que veamos la realidad con la mirada del pensamiento heredado, simplificándola y fragmentándola, hasta perder la idea de Nación y democracia posibles, y construyendo, a la vez, identidades colectivas fragmentadas.

La tradición heredada contra la diferencia nos lleva a considerar al otro como enemigo, actuando frente a él desde la sospecha y la discriminación, hasta su eliminación simbólica o física. Un ejemplo de esta lógica excluyente lo encontramos en la situación creada por el desplazamiento forzado en Colombia, donde miles de personas se convierten en desarraigados obligados a recorrer un camino plagado de rechazos, exclusiones y nuevas formas de violencia.

Este conjunto de representaciones simbólicas, de valores, opiniones y actitudes, interiorizadas en los sujetos, operan como una lógica de representaciones socialmente compartida, es decir, como creencias y prácticas que suponen una base común relativamente extendida (Torres, 2002). Los hechos reales generados mediante las distintas formas de violencia se ven reforzados por una *cultura de la violencia*, que se reproduce a través de la familia, la escuela y los medios de comunicación, como agentes centrales de los procesos de socialización.

### **Actores alternativos en la construcción de cultura política democrática**

Como respuesta a las características del panorama mencionado anteriormente, ha surgido una serie de iniciativas sociales relacionada con la formulación de proyectos que promueven una cultura política democrática y la formación de líderes sociales y comunitarios que orienten acciones y proyectos dirigidos al fortalecimiento de la ciudadanía.

### **Alternativas educativas**

En este aspecto tiene especial importancia el proyecto de la *Expedición Pedagógica*, que busca recuperar la práctica de los docentes en diferentes regiones del país y aportar herramientas para el desarrollo de planes locales y regionales que propendan por el desarrollo político y educativo de las diversas comunidades. En cuanto a este proyecto, Martínez, Unda y Mejía anotan que

La Expedición Pedagógica Nacional constituye una experiencia singular, producto del encuentro de un pensamiento renovado y una amplia movilización social de los maestros por el territorio colombiano, con lo cual se da un paso significativo respecto a expresiones anteriores del Movimiento Pedagógico. Simultáneamente ésta se orienta a la experimentación de una mirada distinta sobre la escuela, las prácticas pedagógicas y las formas de ser maestros (2002: 82).

Otra estrategia interesante, en cuanto a la difusión de valores ciudadanos, está dada por la conformación de redes de maestros, cuya perspectiva transformadora está en la capacidad de establecer grupos que formulen, a través de su práctica social, la necesidad de cambiar las prácticas cotidianas para modificar la realidad. Para Mejía y Restrepo,

[...] las redes se plantean como transformadoras pedagógicamente no sólo en cuanto apelan a autores de la tradición educativa, sino en tanto ellas mismas construyen relaciones sociales que modifican las prácticas educativas e insisten en el carácter educativo de éstas por encima de las prácticas pedagógicas innovadoras de las experiencias que agencian (1997: 43).

La configuración de una cultura democrática en la escuela a partir de la educación de actores capaces de orientar procesos de formación ciudadana, ha tenido un punto importante en la puesta en marcha de una serie de innovaciones educativas tendiente a modificar diversos

aspectos de la práctica escolar. En este sentido, Barrantes (2000) expresa que, en el proceso de innovación en la escuela, los maestros han hecho diferentes énfasis, como en la transformación de la cultura escolar; en la práctica y pretensión de mejorar el sistema educativo; y en la innovación como transformación del sentido de la educación y como modelo pedagógico. En esta perspectiva, se puede anotar que la educación para la democracia ha puesto de presente la necesidad de que las diferentes redes de maestros organicen prácticas innovadoras a partir de las cuales modificar la situación autoritaria de la escuela y fomentar una cultura democrática.

Dentro del proceso de formación de sujetos proclives a la construcción de cultura democrática en las diferentes comunidades, encontramos la experiencia de las Escuelas de Liderazgo Democrático, las cuales se constituyen en una parte significativa del proceso de fortalecimiento de la participación democrática de diferentes actores sociales. Según Vargas (1996), el enfoque del modelo de las Escuelas de Liderazgo Democrático permite un reconocimiento de la relación en la que todos los involucrados aportan y reciben elementos para la elaboración de sus planes de vida. En este sentido, se trata de realizar una *paideia social* en la que se exponga, sustente y consolide la legitimidad del proceso de liderazgo y, además, favorecer un espacio de deliberación basado en el diálogo de saberes.

Dentro de los procesos de formación ciudadana, en la década del noventa tuvo gran importancia el reconocimiento de nuevos actores sociales, hasta ahora invisibilizados en la cultura política en Colombia. Con las reformas constitucionales de principios de esa década, dentro de las cuales el reconocimiento de la multiculturalidad fue un factor esencial, se empezaron a visualizar actores sociales hasta el momento ocultos por el poder formal del país. Dentro de estos actores se encuentran las mujeres, los jóvenes, la tercera edad, las minorías étnicas, entre otros.

### *Alternativas de género*

En lo que se refiere a las mujeres, se ha anotado que el sexo es una variable asociada a las representaciones que se hacen sobre hombres y mujeres, y que les dan un estatus diferente (Astelarra, 1986). Estas diferenciaciones se han elaborado sobre dos dimensiones: por un lado, el componente actitudinal (en el que se considera que la mujer cumple un papel *pasivo y conformista* frente a lo político) y, por otro, los procesos de socialización femenina, a través de los cuales se conforma el comportamiento político de las mujeres.

Las diferenciaciones hechas sobre las actitudes políticas de hombres y mujeres asimilan el universo de lo masculino a lo *normal*, por lo que los comportamientos femeninos que no fuesen similares a los de los hombres son considerados como desviaciones del sistema político. Los análisis dedicados a esta diferenciación asumen que hombres y mujeres comparten la misma realidad política, de lo cual se derivan tres sesgos específicos: la inferioridad social de las mujeres, el fetichismo de la familia y la tendencia a juzgar a las mujeres por los estándares masculinos.

Otro elemento de interés dentro de los análisis sobre el tema de género tiene que ver con las políticas del Estado en torno a la participación y el desarrollo político de la mujer. Para León (1993), el esquema de democratización del régimen político colombiano en la década del noventa se orienta, entre otros aspectos, por la ampliación de la ciudadanía política y social para algunos grupos, dentro de los que se destacan: campesinos, obreros, indígenas y mujeres. En esta medida, la relación que se ha entablado en esta coyuntura entre las mujeres y el Estado está mediada por la inclusión masiva de la mujer al ideal de ciudadano planteado por el aparato estatal.

No obstante, dentro de este ambiente de ampliación de la ciudadanía y de los espacios de participación para las mujeres, continúan existiendo tensiones que frenan y cierran el paso a la posibilidad de participación democrática

de la mujer. Las fuerzas que frenan el proceso democrático son causa, en gran parte, del proceso de ajuste fiscal y de las difíciles condiciones socioeconómicas por las que atraviesa el país. Así, el papel de la mujer es contradictorio: al tiempo que se le abren espacios de participación, se limita y restringe su contenido (León, 1993: 35).

En este sentido, se puede afirmar que la sociedad colombiana ha estado marcada por la existencia de formas políticas caracterizadas por la dominación y el mantenimiento de orden político jerarquizado (en lo social, lo racial y lo sexual). Las relaciones y roles sociales que se han definido para la mujer, en este ordenamiento, son clara muestra de la subordinación de ésta frente a lo masculino.

En este punto es importante reconocer la historia de la condición jurídica y social de la mujer en la historia política de Colombia. En este sentido, la ciudadanía, como derecho político de la mujer, no existió durante el siglo XIX y sólo se empezó a evidenciar con las reformas políticas de 1936. La población femenina inició su participación política en el país, por lo menos nominalmente, en 1932, con el otorgamiento del manejo de bienes en la sociedad conyugal. Para 1933 se permitió su acceso a la educación secundaria y universitaria y, paulatinamente, su trabajo remunerado se ha venido asemejando al masculino, en el siglo XX (Velásquez, 1989).

No obstante, la fecha más significativa en la evolución del proceso de participación política de la mujer, después del reconocimiento a su voto hecho por Rojas Pinilla en 1953, es 1975, año en que surgieron diferentes planes y proyectos que incluyeron a la mujer de forma explícita, tanto en el ámbito gubernamental como en los organismos no gubernamentales. Así, 1975 fue declarado por Naciones Unidas como el año internacional de la mujer, declaración que fue seguida de tres eventos de gran importancia: la formulación de la década de la mujer (1976-1985), la aprobación de la conven-

ción sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (1979) y la promulgación de las estrategias de Nairobi orientadas hacia el futuro para el adelanto de la mujer (1985). A partir de estas fechas se ha fortalecido el trabajo de defensa y promoción de los derechos humanos de la mujer, por cuanto se consideran imprescindibles y naturales (Navarro, 2004).

### *Alternativas juveniles*

Otro de los actores que ganó fuerte protagonismo durante la década del noventa fue la juventud. Asociada en décadas anteriores con lo perverso, lo poco juicioso, etc., ella pasó a convertirse en un actor social y legítimo válido, y al que hay que tener en cuenta en la escena política. En cuanto al reconocimiento del papel de los jóvenes en el contexto actual, Martín-Barbero anota que:

La contracultura política apunta, de un lado, a la experiencia de desborde y des-ubicación que tanto el discurso como la acción política atraviesan entre los jóvenes. La política se sale de sus discursos y escenarios formales para reencontrarse en los de la cultura, desde el graffiti callejero a las estridencias del rock. Entre los jóvenes no hay territorios acotados para la lucha o el debate político, se hacen desde el cuerpo o la escuela: erosionando la hegemonía del discurso racionalistamente maniqueo que opone goce a trabajo, inteligencia a imaginación, oralidad a escritura, modernidad a tradición (1998: 35).

Es conveniente anotar que el espacio urbano se ha constituido en un escenario de construcción de lo social y de interpretación de lo simbólico, muy atractivo para la juventudes. La apropiación de los espacios urbanos a través de los grafitis, de las charlas informales en las esquinas, de la realización de juegos en las diferentes calles, de los conciertos en las plazas públicas, son fenómenos que dan sentido a la juventud que no encuentra, ni en la escuela ni

en la familia, los referentes de su agrado para constituirse como sujetos. Su experiencia cotidiana está dada por la interacción con su grupo de amigos, con su *parche*, antes que con sus maestros o sus familiares. Allí, en las esquinas de las calles, se fraguan nuevos mundos simbólicos que representan lo político y que contestan a la sociedad adulta de manera sui géneris, que no está al alcance de la comprensión de los adultos.

En este punto es importante señalar que la ruptura entre el mundo de los jóvenes y el mundo de los adultos se expresa, en la escuela, en la infantilización que los maestros hacen de aquellos, en la manera como se utiliza el discurso moral y preventivo que no permite asumir responsabilidades verdaderas y, además, en que estos no reúnen a los ojos de los adolescentes los requisitos mínimos para ser adultos admirables (Cajiao, 1996).

En relación con la escuela, Castañeda (1996) anota que en la escuela se da un atraso de tiempo con respecto a la experiencia juvenil, y, por ende, está ocurriendo una pérdida de capacidad para transmitir las nociones fundamentales de socialización: el pasado y el futuro. En el tiempo actual, el joven vive en una constante tensión entre ser reconocido como sujeto individual y social (aquí y ahora) y entre lo que representa para la sociedad del futuro. En relación con el pasado, el joven presenta una transposición del orden o una sustitución de una cosa por otra. Así, los adolescentes se desenvuelven entre la rapidez y la multiplicidad y, por ende, en la indefinición de las identidades y de los roles sociales.

Además de estas tensiones e incertidumbres, los jóvenes colombianos se encuentran inmersos en un ambiente de violencia que les toca cada día de forma más directa. Para Pérez (1996), indagar por la violencia juvenil implica averiguar por la violencia urbana en general y descubrir las conexiones entre quienes generan una acción violenta y un conflicto que vincula al joven con actores que parecen desligados de toda violencia.

Frente a discursos globalizadores que atribuyen a la juventud una visión desordenada, los jóvenes han generado sus propios espacios sociales, que se concretan en territorios y significaciones donde generalmente establecen nuevas relaciones de poder y donde construyen su identidad. En esta dirección, los jóvenes han llenado de nuevos contenidos la participación y la construcción de democracia (Daza, 1996).

Las culturas juveniles, por ejemplo, deben entenderse como un proceso inscrito dentro de la construcción de convivencia democrática, por lo cual su análisis debe respetar: 1) la autonomía de los actores sociales y su libre determinación frente a la vida; 2) sus propias dinámicas de interacción; 3) la pluralidad cultural y, en consecuencia, sus singulares modos de acción, y 4) la libre expresión de sus lenguajes y formas simbólicas. Se trata de reconocer que los jóvenes construyen saberes acerca de sí mismos, de las relaciones sociales y del universo cultural en el que viven. Por tal razón, las culturas juveniles deben ser asumidas con comunidades cuyo sentido es múltiple y cambiante (Muñoz, 1996). En síntesis, la experiencia de la juventud ha mostrado la importancia de darle un lugar a lo estético, entendido como fuente de creación —individual y colectiva— y como base de un proyecto ético-político.

Pensamos que ni reconocer las facetas culturales del consumo, ni complejizar la reapropiación de los significados o reemplazar al sujeto estático por una sucesión de identidades resolverá la necesidad de construir, en el ámbito de los estudios sobre las culturas juveniles, un nuevo espacio para pensar el gran proceso de creación que los jóvenes llevan a cabo. A grandes rasgos, este proceso de creación lo adelantan los jóvenes participantes de las culturas: en la creación de sí mismos y de nuevas formas de existencia, en la co-creación de sus culturas y en el desarrollo de nuevas modalidades artísticas. Ese nuevo espacio constituye, desde nuestra perspectiva, la dimensión estética (Marín y Muñoz, 2002: 39).

## A manera de cierre

Como mostramos, la historia del país ha estado marcada por la exclusión, la monopolización de los capitales económicos y culturales, y el recurso a la violencia como estrategia política. Dentro de la construcción social del país, no se han tenido en cuenta las minorías étnicas, sexuales o étnicas. La política ha estado dominada por el mundo masculino, blanco y adinerado, dejando, para quienes no están en estas condiciones, lugares precarios de acción social y cultural. La tendencia democratizadora de la década del noventa puso de presente las grandes dificultades políticas y sociales para la configuración de un modelo político democrático. La exclusión de la deliberación pública de gran parte de la población; la discriminación por razones económicas o sociales; el fortalecimiento de lógicas clientelistas en las formas de hacer política; la apropiación privada de lo público y la preferencia del interés individual sobre el colectivo, son fenómenos de nuestra cultura política que se han configurado en el tiempo, en buena parte, por la acción de las instituciones del Estado, los partidos políticos, la Iglesia, la familia y la misma escuela.

De forma paralela, durante varias décadas ha sido permanente la acción social de diferentes colectivos y organizaciones tendientes a consolidar prácticas realmente democráticas, las cuales han abierto un buen número de espacios para la reformulación de la cultura política del país y han puesto en marcha varios proyectos de formación ciudadana. Dentro de tales prácticas rescatamos, en los ámbitos regional y nacional, las de los maestros, las luchas de las mujeres y el reconocimiento de los jóvenes como actores políticos de singular importancia.

Seguramente, en la cotidianidad colombiana, podríamos encontrar incontables demostraciones de democracia y de respeto por el otro.

La valoración de estas múltiples estrategias, en el mediano plazo, será un buen indicador del grado de formación política de los colombia-

nos en momentos de una de las más graves crisis éticas, políticas y económicas.

Lastimosamente para el país, es cada vez más creciente la proporción de espacios institucionales en los cuales se ha posicionado el falso discurso sobre la seguridad democrática, el cual convierte al adversario en enemigo —en antagonista—, justificando moralmente su eliminación y, de paso, negando cualquier posibilidad de consolidar una política democrática. En palabras de Mouffe:

[...] cuando el oponente no es definido en términos políticos sino en términos morales, no puede ser percibido como un adversario sino solamente como un enemigo. Con los que son moralmente malos no es posible debate agonístico alguno, *ellos* tienen que ser erradicados (2005: 93).

Y esto es justamente lo que ha pasado en Colombia: los enemigos han sido eliminados permanentemente, a pesar de los esfuerzos por construir una política democrática de muchos colectivos que han estado históricamente excluidos de la institucionalidad hegemónica del país.

## Referencias bibliográficas

Martínez, Alberto; Pilar Unda y Marco Raúl Mejía, 2002, "El itinerario del maestro: de portador a productor de saber pedagógico", en: Hernán Suárez, comp., *Veinte años del Movimiento Pedagógico. 1982-2002. Entre mitos y realidades*, Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio, Corporación Tercer Milenio, pp. 61-94.

Astelarra, Judith, 1986, *Las mujeres podemos: otra visión política*, Barcelona, Icaria.

Barrantes, Raúl, 2000, "Las innovaciones educativas: escenarios y discursos de una década en Colombia", en: Myriam Henao y Jorge Castro, comps., *Estados del arte de la investigación en educación y pedagogía en Colombia*, tomo 2, Bogotá, Socolpe, Colciencias. pp. 105-132.

Bergquist, Charles, 1992, *Violence in Colombia: The Contemporary Crisis in Historical Perspective*, Wilmington, Delaware.

- Cajiao, Francisco, 1996, "Atlántida: una aproximación al adolescente escolar colombiano", *Nómadas*, Bogotá, Universidad Central, Departamento de Investigaciones, núm. 4, mar., pp. 54-65.
- Castañeda, Elsa, 1996, "Los adolescentes y la escuela de final de siglo", *Nómadas*, Bogotá, Universidad Central, Departamento de Investigaciones, núm. 4, mar., pp. 75-89.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia, 1987, *Colombia: violencia y democracia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Daza, Ricardo, 1996, "La política nacional de juventud", *Nómadas*, Bogotá, Universidad Central, Departamento de Investigaciones, núm. 4, mar., pp. 112-121.
- León, Magdalena, 1993, "El género en la política pública en América Latina: neutralidad y distensión", *Análisis Político*, Bogotá, núm. 20, sep.-dic., pp. 39-52.
- Marín, Martha y Germán Muñoz, 2002, *Secretos de mutantes*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Departamento de investigaciones.
- Martín-Barbero, Jesús, 1998, "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad", en: *Viviendo a toda. Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Departamento de investigaciones, pp. 22-37.
- Mejía, Marco y Gabriel Restrepo, 1997, *Formación y educación para la democracia en Colombia*, Bogotá, Unesco, Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán.
- Montenegro, Armando y Carlos Posada, 2001, *La violencia en Colombia*, Bogotá, Alfaomega-Cambio.
- Mouffe, Chantal, 2005, "Políticas y pasiones: las apuestas de la democracia", en: Leonor Arfuch, comp., *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires, Paidós.
- Muñoz, Germán, 1996, "La mutación como alma de la investigación", *Nómadas*, Bogotá núm. 4 mar., pp. 16-26.
- Navarro, Marysa, 2004, *Mujeres en América Latina y el Caribe*, Madrid, Narcea.
- Pérez, Diego, 1996, "Elementos para una comprensión socio cultural y política de la violencia juvenil", *Nómadas*, Bogotá, núm. 04, mar., pp. 98-111.
- Sánchez, Gonzalo, 1987, "Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas", en: Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, comps., *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Bogotá, CEREC.
- Torres, Alfonso, 2002, *Movimientos sociales, organizaciones populares y constitución de sujetos colectivos*, Bogotá, UNAD.
- Vargas, Germán, 1996, "Una experiencia en la formación de líderes democráticos", *Revista Educación y Pedagogía*, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 7, núms. 14-15 (segundo semestre de 1995 y primer semestre de 1996), pp. 336-356.
- Velásquez, Magdala, 1989, "Condición jurídica y social de la mujer", en: Gloria Zea, directora del proyecto, *Nueva Historia de Colombia*, tomo IV, Bogotá, Planeta.
- Zambrano, Fabio, 1998, "La geografía de las guerras en Colombia", en: *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo xx. Memorias de la II Cátedra Anual de Historia*, Museo Nacional de Colombia, Bogotá.

---

## Referencia

Pinilla Díaz, Alexis V., "Entre antagonistas y adversarios: maestros, jóvenes y mujeres en búsqueda de políticas democráticas en Colombia", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. xx, núm. 52, (septiembre-diciembre), 2008, pp. 67-76.

Original recibido: febrero 2008

Aceptado: mayo 2008

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.

---